

—¿Estaba en el jardín?

—Tampoco... No sé dónde estaba.

—Pero ¿cómo es eso? ¿La ha mordido sin estar con usted?

—Claro... Muerde cuando quiere y como quiere... En vano me envuelvo con pieles.

—¿Acaso muerde a distancia?

—¡Sí!

No había más que hablar. El asunto estaba concluso para sentencia...

Y estábamos los tres abatidos por ideas diferentes, cuando apareció Sangor.

En sus brazos poderosos se llevó a la desventurada, cuya cabeza cayó sobre su hombro. ¡Oh, la cabeza que yo veía ya en un sueño de horror y de locura separada del tronco!

Por lo demás, todo se me aparecía ya bajo aquellos horribles colores... Y hasta la mirada de Cristina me pareció un poco turbia cuando, al quedarnos solos, le pregunté:

—¿Qué opina usted de todo esto?

Y, cosa rara, fué la primera vez que al hablar de la marquesa no le oí decir: «¡Está loca!»

XV

LA CATÁSTROFE

30 de junio.—¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! Y yo tengo la culpa. Como dicen en las novelas populares, lloraré mucho tiempo lágrimas de sangre. He perdido a Cristina, y estoy nuevamente desterrado en mi siniestra casucha campestre de Corbillères, junto al estanque de las aguas de plomo.

Paso los días guardando el luto de mis últimas ilusiones y de mi loco amor...

Esta última e insípida frase me exalta el corazón... ¿Ilusión? ¿Loco amor?... ¿Voy a poder escribir con agua de rosas lo que me ha sucedido?... Me había convertido en una especie de bestia embrujada alrededor de Cristina.

Conviene decir que hacía ocho días que estábamos solos en el palacio. El marqués se había llevado a la marquesa expirante a su viejo castillo de Coulteray, sin duda para que estuviese más cerca de la tumba que la esperaba.

Les había seguido toda la servidumbre.

¡Solo con Cristina!

Y he aquí lo que sucedió:

Era una noche después de cenar... Sin habernos

dado cita, Cristina y yo estábamos en el jardín donde nos encontrábamos algunas veces...

Tras las escenas que habíamos presenciado, había cierta cosa misteriosa que parecía uniros más. Al menos, así me lo figuraba yo, que nunca había visto a Cristina tan confiada, ni tan sencilla, ni tan cerca de mí.

La noche, tras un día de mucho calor, era de una dulzura inefable... Yo nunca había sido tan feliz. Estábamos sentados uno junto al otro. Una misma ternura (que en Cristina quizá no era ¡ay! más que serenidad) nos tenía silenciosos... Volaban mis pensamientos. A nuestro alrededor, las murallas grises se fundían en el descanso; una encina solitaria titubeaba de embriaguez inclinándose sobre el oscuro abismo de nuestros corazones. Con un gesto inconsciente a más no poder, mi mano se posó sobre la suya. Y la mano tibia permaneció en la mía.

Claro está que, naturalmente, cuando pienso en aquel minuto precioso, evoco la noche, las propicias tinieblas, el velo sagrado tras el cual fué olvidada mi fealdad.

Del hecho de que Cristina no hubiera retirado la mano deducía yo que mi contacto no le disgustaba, cosa que podía pasar por la victoria más grande de mi vida. Y en aquel momento me preguntó ella con el tono de la más burlona confianza:

—¿Está verdaderamente loca?

—¿Quién?—interrogué yo, bastante despechado al darme cuenta de que incluso entonces el pensamiento de la joven estaba tan lejano que yo no lo alcanzaría nunca.

—¿Quién ha de ser? La marquesa.

—Si he de serle franco, no pensaba ahora en esa desventurada... ¿Por qué me pregunta eso?...

—Porque...

—¿No estamos de acuerdo en lo que a ello se refería?... ¿Podemos hacer algo que no sea tenerle lástima?...

—¡Tenerle lástima!—repitió Cristina con su voz de ensueño—. No ha sabido resistir...

—¿Qué quiere usted decir?... Explíquese, Cristina...

—Si le digo esto, cosa a la que no concedía la menor importancia, es a causa de cierta coincidencia que, lo confieso, no deja de preocuparme...

—Me intriga, Cristina...

Mientras tanto, su mano continuaba en la mía, lo cual me inspiraba tales pensamientos, que a duras penas podía seguir el hilo de lo que me decía.

—Pues bien: también yo me he pinchado...

—¡Dios mío!... ¡Explíquese, Cristina, explíquese!...

—También yo me he pinchado en el rosal... Pero ya hace tiempo de ello... Y me pinché precisamente en el brazo y en el mismo lugar que ella... Y antes que ella...

Intenté mirarle el rostro; pero lo tenía inclinado y vuelto.

—Tiene gracia la cosa—dije yo con gran frialdad—. Estaba usted asomada a la misma ventana y fué pinchada por el mismo rosal..... ¡Es algo extraordinario!...

—No—dijo ella suavemente, con su voz siempre lejana—. No tiene nada de extraordinario... Pero figúrese usted que a consecuencia de aquel pinchazo me sentí como embotada, ya que no como envenenada, y en un estado de tal debilidad cerebral, que al entrar en la biblioteca me tendí en el diván, cerré los párpados y tuve el más doloroso de los sueños...

—¿Cuál?

—Vi al marqués con el horrible rostro que le encontró usted la otra tarde, cuando entramos en las habitaciones de la marquesa al enterarnos del accidente... Se acercó a mí. Y a pesar de todos los esfuerzos para alejarlo, se apoderó de mi brazo y pegando sus labios a mi herida, aspiraba toda mi sangre, toda mi vida...

—¿Tuvo usted verdaderamente ese sueño?

—De veras.

—¿Le había contado ya la marquesa todas sus historias de brucólacos?

—Sí.

—¿Y se durmió usted en el diván, debajo de los cuatro retratos de los cuatro Coulteray?

—Precisamente.

—Entonces, usted misma puede sacar la conclusión, Cristina.

—¡Ya la he sacado! ¡Ya la he sacado!... Pero entonces, no había visto a la marquesa pinchada como yo en el brazo por inclinarse a la misma ventana, ni la había visto gritando como un fantasma: «¿Se han convencido ahora?... ¡No me han dejado más que el alma!...»

—¡Pero, Cristina!...

—Lo mismo me digo yo... «Pero Cristina...»

—¿Y cómo se ha resuelto su caso?—pregunté, impaciente por el tono quejumbroso y algo inquietante que tomaba para contarme su sueño.

—Pues se resolvió cuando me desperté...

—¿Estaba sola entonces?...

—¡Sí!

—¿No estaba el marqués allí?

—No. Lo primero con que mis ojos se encontraron fué con la imagen de los cuatro Coulteray, dentro de sus marcos.

—¿Y cómo se encontraba usted?

—Anonadada.

—¿Qué hizo?

—Ir a ver al marqués para decirle que no me probaba estar en su casa y que, como no me encontraba bien, quizá estuviera algún tiempo sin volver...

—¿Le contó el sueño?

—Sí...

—¿Y qué dijo?

—Que su mujer nos volvería locos a todos... También me aconsejó que fuera a descansar una semana o dos al campo... *Precisamente fué entonces la primera vez que me habló de Corbillères-Eaux...*

Me estremecí; pero ella ni tan siquiera se dió cuenta...

—¿Y no fué usted al campo?

—No... No podía dejar a papá ni a Jaime...

(Yo pensaba: ni a Gabriel.)

Hubo un silencio. Luego añadió:

—Sin duda me tomaría usted por una necia... Y sin duda hago mal en hablarle de que esta casa, con sus singulares habitantes y con sus trazas misteriosas, ha producido en mí un extraño sentimiento de inquietud..., luego del accidente del otro día...

—*Sin embargo, ha venido con más frecuencia que nunca...*—murmuré acercándome a ella (nuestras manos continuaban unidas)—. ¡Oh, Cristina, Cristina, alma querida! Cada casa, como cada corazón, tiene su misterio... (Ahora fué ella la que se estremeció...) Le juro, Cristina, que ese pinchazo de rosal en virtud del que ha sangrado su brazo no es nada junto a otras horribles heridas por las cuales fluye y se derrama hasta la última gota la vida de un corazón. ¿Por qué representarse a los vampiros con cara de muerto? El mayor brucólaco del mundo es un niño de mejillas rosadas

con un carcaj y flechas... ¡Se llama el Amor!...

—¡Tiene razón, amigo mío!—aprobó Cristina en voz muy baja e inclinando completamente la cabeza.

¡Qué silencio siguió a aquellas palabras!... Por fin, al oído de la que callaba junto a mí, me atreví a murmurar el principio de una lamentación fruto de mi ingenio, que a ella debía de gustarle, especialmente por cuanto la había aprendido de memoria:

«¡Oh dulce dama! ¿Cómo has venido hasta aquí?—Extrañas son tus pupilas,—extraño tu vestido,—extraña la gloriosa longitud de tus trenzas.»

No me dejó seguir; pero su mano estrechó nerviosamente la mía. Y semejante presión precipitó el curso de mi vida hasta la sensación del ahogo.

—Repóngase, Benito—me dijo levantándose y dejándome la mano libre—. Hace mal en decirme tanta cosa bonita. Mi vestido no tiene nada de extraño, ni usted ha visto nunca suelta mi cabellera, porque no soy excéntrica ni coqueta. Y si vengo aquí más de lo frecuente es porque no está el marqués.

Dijo, y entró en la biblioteca mientras yo me desplomaba anonadado en el banco.

Unos instantes después me levanté vacilante y dispuesto a recibir injurias. Pero en nuestro pequeño taller me encontré con que Cristina lloraba...

Olvidando ya mi furor, me disponía a pronunciar unas palabras de consuelo en las que, como es natural, no dejaría de cargar con todas las culpas, cuando me di cuenta de que las lágrimas de Cristina caían sobre la imagen cincelada (en la cual había trabajado con una asiduidad que tanto me hacía sufrir) del bello Gabriel.

Así es que al momento sentí en mi interior

un río de amargura, de la que destilé varias gotas:

—¡Ah, si yo fuera tan guapo como ése!...

Creí que la cortaría. ¡Qué error! Me dirigió una mirada en la que brillaba una innegable simpatía, y me dijo:

—¡Ay, si usted fuera tan guapo como él!...

Era para morirse de risa si yo no hubiera estado tan enamorado y si hubiera podido olvidar por un segundo que yo era la primera víctima de aquella ridícula situación.

Lo más inaudito, que comenzó a abrirme extraños horizontes, fué que Cristina intentó arrogarse inmediatamente el susodicho papel de primera víctima...

—¡Ay, amigo mío, gran amigo mío!...—gimió—. ¡Cuán desgraciada soy!...

—¿Acaso cree usted que yo me paseo por los Campos Elíseos?...

—¡Usted es mucho menos digno de lástima que yo!—me explicó con esa lógica espontánea, cándida e irrefutable que a menudo se encuentra en todas las mujeres—. Y es mucho menos digno de lástima porque yo tengo la culpa de su desgracia... ¡Y menos mal si sólo se tratara de usted!...

—¿Cómo?—exclamé, cada vez más desconcertado—. ¿Se refiere al prosector?... ¿Por qué no se casa con él?

Yo experimentaba una funesta alegría en lacerarme y en lacerarla tanto como estaba en mi mano. Y esperaba llevar hasta el fin mis posibilidades para ello, ya que habíamos emprendido una carrera hacia el abismo.

—¡Porque no le amo!—me confesó con un gran suspiro, mientras dejaba caer gruesas lágrimas sobre la imagen aborrecida por mí...

—¿Puede explicarme, Cristina, cómo le ha dado palabra de casamiento sin quererlo?

—Con toda lealtad—repuso—. Jaime, desde su más tierna infancia, no vive más que para mí. Las contadas cosas de que usted está enterado le permitirán oírme sin sonreír cuando yo le diga que Jaime está en camino de ser, no uno de los sabios más ilustres, sino el más ilustre entre todos los del siglo presente. Pues bien: a Jaime le importa un bledo cuanto se refiere a la gloria, a la fortuna y a la Humanidad en general. ¡No vive más que para mí! Ese genio, a quien no puede oírse diez minutos sin quedar maravillado, no tiene más finalidad que estrecharme entre sus brazos y hacerme la madre de sus hijos... ¿Y quiere usted que en un santiamén sople yo sobre esa llama, convierta en cenizas ese hogar, donde quizá vaya a calentarse la humanidad futura?... ¡No!... ¡Le pertenezco!... Lo sabe... ¡Y eso le da fuerzas!... De haber querido él, yo hubiera sido suya... Pero tiene su propósito y su orgullo... Quiere entregarme su dote, algo que aun no se ha entregado en ninguna boda: *la cadena de oro mediante la cual los hombres, creadores de la vida, tendrán a su vez vencida a la divinidad.*

—¡Bello regalo! ¡Hermosa joya!—repliqué yo sin pestañear—. Pero la forja de una joya así exige mucho tiempo. Y si usted no quiere al forjador...

—¡Masson!... Al decir yo, *sólo a usted*, que no amo a Jaime, quiero decir que no lo amo tanto como merece ser amado un cerebro como el de él... *¡Abusa usted de mi consideración y está en camino de traicionar mi confianza!*...

Los golpes que ella me asestaba a diestro y siniestro, aunque parecían acariciarme, habían acabado por aturdirme. Y entonces, perdiendo todo freno, dejé que hablara el animal que llevamos dentro:

—Usted tendrá consideraciones con él y consideraciones conmigo; *pero, mientras tanto, a quien abraza es a ése...*

Al principio no comprendió... Pero debió sentir que ante ella pasaba alguna cosa temible, por cuanto levantó hacia mí una cara de mujer que se ahoga... ¡Oh, la pobre mujer daba lástima bajo el velo de sus lloros!... Pero era demasiado tarde para salvarla del suplicio que yo le imponía, pues mi mano aun señalaba la cincelada imagen de Gabriel, que lloraba las mismas lágrimas de ella...

Al comprenderme, se heló de pronto todo el dolor de Cristina, que se expansionaba libremente ante mí como ante un amigo... Se levantó temblorosa y fué a hundirse en la obscuridad de la biblioteca, adonde yo no me atreví a seguirla...

¿Cuántos minutos pasaron así? No sé decirlo...

Estaba seguro de que en su aislamiento sólo pensaba en él. Y acabó dándome la prueba de ello...

Me llamó. Su voz estaba lejos de ser hostil. ¿Era natural? ¿Procedía de un esfuerzo hecho para pedirme algo? No intenté resolver el problema, porque ya no podía con mis nervios... Lo mejor era que me dejase en paz... Hubiera debido comprender que hay ciertas horas graves, cargadas de una insoportable voluptuosidad, durante las cuales es muy peligroso llamar con voz de miel a los poetas.

Me senté en la punta opuesta del diván, por una postrera precaución, rayana en la más alta virtud, y a causa de la cual reclamo el beneficio de circunstancias atenuantes en la escena fatal que me ha privado para siempre de Cristina.

—¡Amigo mío!—me dijo con un suspiro en que palpaba todo su amor (no por mí, ¡claro!) *y todo su temor*—. *¡Amigo mío! ¿Puede usted tener celos de una imagen?*

—¿A qué mentir?—repliqué bruscamente—. La

adoro y la odio como el maldito que se halla en el polo opuesto de Dios y cuyo tormento no cesará hasta el día en que lo Bello y lo Feo se acerquen para aniquilarse. En cuanto a nosotros, ¡aun no hemos llegado ahí!... Su dulce voz, al llamarme, me pone enfermo de furor si es una añagaza... Pero me deja más blando que Hércules a los pies de Onfala si vibra con verdadera ternura, como a veces me he atrevido a esperarlo y como esta noche me atrevo a suponer... O va usted a arrojarme con palabras duras, o va a tener piedad de un condenado... Yo me entiendo, yo... Tranquílese... Dice usted que le ha dado palabra de matrimonio a un hombre a quien no ama, y que le ofrecerá un cuerpo virgen... ¡Sublime, sublime!... Pero, ya que usted tiene buenos sentimientos para conmigo (frase sencilla, popular y deliciosa que tiene la dulzura del rocío sobre las parrillas en que se retuerce el príncipe de los aztecas), va usted a dejar de mentirme... ¡Ay, Cristina! Lo que yo le he visto abrazar no era un perfil de plata. *Esa imagen tiene un nombre. ¡Se llama Gabriell!*

El efecto fué fulminante. La sombra de Cristina se irguió en el vano de la ventana. Y se inclinó tan cerca de mí, que noté su rápido aliento sobre mi frente bañada en sudor.

—¿Cómo lo sabe usted, cómo?

Entonces se lo conté todo... No quise ocultarle nada de mi vergonzoso espionaje... Además, le pinté muy crudamente las escenas que había presenciado...

Apenas me daba tiempo a respirar, porque repetía:

—¿Qué más, qué más?...

Le referí que había creído en la muerte del misterioso desconocido, que le había visto convale-

ciente, que presencié el horror de la operación y la abnegación y la zozobra de la joven...

—Supongo—terminé diciendo con la más triste ironía—que ya estará fuera de peligro.

No respondió a estas palabras... Se había desplomado junto a mí... Y entonces fué ella quien puso su mano sobre la mía. ¡Cómo ardían ambas!... Mi amada parecía horriblemente abatida... Pero por fin dijo penosamente:

—¿Qué ha pensado al ver a mi padre?

—Su padre—respondí—ha estado violento, y me figuré que había acabado con Gabriel... No obstante, aquel acto salvaje tenía una explicación... En cambio, eso de que una joven, con apariencias de virtuosa, oculte a Gabriel en un armario...

—¡Alto ahí!—masculló ella—. Si no quiere que le odie, no solamente ha de abandonar ese escarnio infame, sino que ha de jurar que olvidará todo cuanto ha visto. Y no se pregunte tan siquiera lo que hace Gabriel en nuestra casa, ni la significación del drama que usted ha presenciado... No es usted el único que ha visto a nuestro huésped. También le ha visto nuestra asistenta. Y sé que ha hablado de ello con la señorita Barescat. La última versión dice que se trata de un extranjero prescrito y condenado por traidor a su partido... Son cuentos de la gente... Nosotros no tenemos que dar informes a nadie, sino a la policía, en el caso de que los pida. Ahora bien: no le negaré que tenemos un interés inmenso en que la policía traspase nuestro umbral lo más tarde posible... Y si, a pesar de todo, viniera a nuestra casa, también a la policía le pediríamos que guardara nuestro secreto hasta el día, quizá no muy lejano, en que podré contárselo todo... *¿Puedo confiar en usted, amigo mío?*

—¿En qué sentido?... En fin de cuentas, ese hom-

bre no es digno de compasión, aunque haya sido maltratado por el padre de usted... ¡Ya quisiera yo estar secuestrado como él!...

—Continúa haciéndome sufrir, Benito... Y el caso es que yo podría hacerle callar con unas cuantas palabras; pero el secreto no me pertenece... Y he jurado a Jaime...

Se interrumpió de manera que no supe lo que había jurado a Jaime. Luego prosiguió:

—Acabemos en lo referente a Gabriel... Puedo jurarle, querido amigo, que mi cariño hacia él nunca ha pasado de los límites de un amistoso abandono. Mi cabeza ha descansado en su hombro. Mis labios han rozado su mejilla. He abrazado su belleza... Pero, ¡ay!, tampoco le puedo amar... Lo único que tiene es belleza. Su cabeza está vacía, ¿comprende?

—Los imbéciles siempre tienen suerte—repliqué con una carcajada diabólica—. Pero ¿qué necesita usted, Cristina, para ser feliz? El perfil de Apolo Pitio, el cerebro de Jaime Cotentin...

—¡Y el ardiente corazón de Benito Masson! —concluyó ella a media voz.

—¿Todo eso en un solo hombre?—proseguí yo en un tono cada vez más brutal—. Veo, amiga mía, que ni unos ni otros estamos cerca del paraíso.

—¡Cálmese, Benito!... Nunca me había hablado así. Y crea usted que me asusta.

—Envidio al hombre de la cabeza vacía—exclamé. Y me puse a llorar como un niño de diez años.

Ella cometió la equivocación, la gran equivocación, de acercarse más en un momento que no era, que no podía ser, más que de lástima, y que acabó de exaltar en mí un romanticismo desenfrenado, esa especie de frenesí de la palabra que oculta, bajo sus oropeles de feria, el dolor humildísimo

y muy sencillo de un pobre ser que nunca ha sentido posarse en sus labios los labios de una mujer...

Tenía gracia lo del tierno y casto abandono sobre el hombro del galán de la cabeza vacía... En la escuela nos han enseñado la historia de una mujer, reina por la jerarquía, la belleza y la inteligencia, que besaba al poeta dormido, por feo que fuera... Y yo me presentaba ante Cristina a guisa de Alain Chartier, con un lujo de vocablos tras el cual disimulaba en lo posible mi terrible timidez... Para unos soy un gran poeta; para otros, un saltimbanqui. Para mí, un mendigo. Bajo mis sollozos hinchados de retórica, una mujer que me amase verdaderamente leería al punto esta palabra: «Bésame.»

Pero tan miserable es mi vida, que no puedo pronunciarla.

Sin embargo, Cristina la ha oído... Y he aquí que la divina mujer se inclina hacia mí; su hálito abraza mis arterias, mientras el rojo corazón de su boca se entreabre sobre la mía... Voy a morir de gozo, voy a perecer de repente consumido por la llama sagrada... ¿Por qué no he cerrado los ojos?... Alain Chartier dormía... Sí; pero Margarita abría de par en par los ojos sobre aquella sublime fealdad que honraba con un beso regio...

¿Por qué has cerrado los ojos, Cristina?... ¿Acaso te parece demasiado clara todavía esta noche?... Es por pudor?... ¡Voy a saberlo, Cristina!

Abre, pues, tus párpados y abraza a tu poeta... ¡Animo, valor!...

Queda, pues, contento, Benito, porque tu Cristina ha abierto los ojos al oír tu estúpida orden... Los ha abierto y ha lanzado un suspiro de asco.

La pobre ha hecho lo que ha podido y tú te has portado como un miserable... Has estado a punto de estrangularla... Ha caído bajo tus golpes

y has huído hasta aquí, hasta las orillas del pequeño estanque siniestro con aguas de plomo.

Por primera vez le has pegado a una mujer. Sólo tienes una excusa: la de que nunca has querido a otra como a ella...

XVI

LA CASA DE CAMPO DE BENITO MASSON

Aquí terminan las Memorias de Benito Masson. Gracias a ellas hemos penetrado en la gran miseria moral, en el drama interior creado por la fealdad. Era preciso. La antorcha encendida por él mismo, y a cuya luz hemos examinado al paria que es el hombre feo, va a servirnos para iluminar ciertos recovecos del drama exterior en que fué terrible héroe.

Ante todo veamos lo que ocurre en su casita de campo. Lo que ya sabemos de ella no es como para tranquilizar.

Corbillères-les-Eaux está a una hora, en expreso, de París. Se baja en una pequeña estación que comunica directamente con la plaza del pueblo, el cual tiene más de 800 habitantes. Hace veinte años no había más que un apeadero. Y el apeadero ha creado la aglomeración de casas en medio de la gran llanura acuática y traidora cuyo aspecto no recuerda en nada los paisajes amables, sombríos, frondosos, acogedores, de la Isla de Francia.

Marismas y pantanos, estanques cubiertos de plantas acuosas y guardados por saucedas desoladas y maleza salvaje, dominio inmenso de las aves acuáticas y de los peces y, no obstante, poco fre-

cuentado por cazadores y pescadores parisienses, que gustan de la alegría del ambiente y de los encantos del ventorrillo.

Para ir a casa de Benito Masson, al salir de la estación, seguía primero la carretera vecinal y luego se continuaba por senderos estrechos y húmedos, aun en la época de los calores. Y luego de haber andado media hora entre riberas indecisas, entrevistas a través de una muralla de juncos y disimuladas por el corazón flotante de los nenúfares, se entraba en una especie de circo cerrado por una pequeña loma sombría y arbolada que se reflejaba en las aguas oscuras de un estanque.

La casa se hallaba entre el estanque y el bosque.

Con sus ladrillos y con su techo de pizarra, hubiera resultado bonita, de haber estado menos desmoronada y de tener mejor atendidos el jardín y el huertecillo... Pero desde que pertenecía, por herencia paterna, a Benito Masson, éste no se preocupaba nada de ella, se negaba a reparaciones y no quería a nadie por allí, ni aun en calidad de servidor...

El padre de Benito Masson, que había hecho buenos negocios en la encuadernación popular, había dejado a su hijo una cantidad bastante saneada, con la que éste se había pagado el lujo de recorrer el mundo como artista y con una fantasía romántica, en virtud de la cual le tomaban frecuentemente por un hombre fantástico, siendo así que no era más que poeta. Así es que Benito había vuelto de su viaje casi pobre. Y ya conocemos su género de vida.

Había conservado la casa de Corbillères, porque le agradaban aquella soledad y aquella desolación. Más de una vez, grandes propietarios de los alrededores, que habían arrendado la caza y la pesca en los terrenos pantanosos, habían querido com-

prársela para instalar en ella a un guarda; pero había rechazado todos los ofrecimientos.

Cuando salía de la Ile-Saint-Louis era para refugiarse allí, para vivir allí deliciosamente, como un salvaje, trabajando sin urgencia en encuadernaciones meticulosas, en encuadernaciones artísticas, en mosaicos donde siempre acababa apareciendo alguna figura de mujer que en los últimos tiempos se parecía singularmente a Cristina, así como Cristina, por su parte, reproducía incansablemente la imagen de Gabriel.

Pero de pronto sentía repugnancia hacia su obra, la rechazaba con rabia y hasta la aniquilaba en el pequeño taller que se había creado para su satisfacción personal y aparte de todo espíritu mercantil... Y salía vestido de cualquier modo, soñando durante días y noches enteras en la vida de la pradera tal como la había conocido, cuando era niño, en los libros de Gustavo Aimard, cocinando trozos de carne sobre sarmientos, entre dos piedras, y colgando por la noche una hamaca, que él mismo había fabricado, entre dos árboles...

Y, cosa extraña, aquel hombre de aspecto extravagante no cazaba ni pescaba, no llevaba fusil ni artilugio de ninguna clase... Pero llevaba en el bolsillo una libreta y un lápiz y hacía versos, hacía versos de amor... ¡Sólo en el amor pensaba!...

Repugnante él, despreciaba a las mujeres, aunque las hubiera querido a todas...

La aventura que acababa de tener con Cristina, y que no hacía más que empezar, había disciplinado un poco su frenesí cerebral. Pero antes, cada vez que se encontraba frente a una mujer, sentía ganas de besarla y de morderla inmediatamente... Sin embargo, decía que jamás había tocado ninguna, y afirmaba que nunca habían corrido peligro

alguno con él, a causa de una timidez que le paralizaba hasta anularlo.

Lo que hemos reproducido de sus Memorias está bastante de acuerdo con el carácter de Benito Masson, excepto la última escena con Cristina, escena sobre la que, por lo demás, resbala muy rápidamente en el aludido documento. Desgraciadamente para él..., *¡estaban las seis mujeres que habían ido a su casa campestre y a las que no se había vuelto a ver en ninguna parte!*...

XVII

LA SÉPTIMA

Aquella serie de desapariciones había llamado la atención de más de una persona. Al principio se tomó a broma y hablóse maliciosamente de ello. Luego, como se estuviera varios meses sin ver a Benito Masson, se habló de otra cosa. Pero, de todos modos, había alguien que pensó constantemente en tales desapariciones. Ese alguien era Violette.

Violette tenía el oficio de guardacaza, cuando le hacían el honor de encargarle de tales y tan importantes funciones... Por desgracia, pasaban años en que las sociedades de cazadores se desinteresaban completamente de las marismas de Corbillères. Y entonces Violette se convertía en cazador furtivo. De todas maneras, era un gran elemento, porque con él siempre se tenía la seguridad de encontrar caza.

Violette no tenía ninguna cualidad que recordara la violeta: ni la lozanía, ni el perfume, ni la modestia... Hablando de caza y pesca, era infatigable; así es que era el amo del país; nadie podía atravesarlo sin que Violette dejara de echar la vista al osado que penetraba en sus dominios.

Siempre se le había visto con el mismo indu-

mento: viejo pantalón de terciopelo, con polainas que ya habían perdido el color, grandes botas, un chaquetón que era todo bolsillos y del cual salían kilómetros de cordeles, extraordinarios ingenios de pesca; un morral que no se quitaba de la espalda aun cuando no llevara fusil (casos en que, por lo demás, podía tenerse la seguridad de que el fusil no estaba lejos), un cigarro que parecía una brasa apagada en sus labios secos y bajo su bigote amarillento, calcinado por el fuego del tabaco... Tenía una cara como labrada a hachazos, grandes orejas que se movían, narices siempre olisqueantes como las de un perdiguero, ojuelos de un verde claro entre largas pestañas albinas, ojuelos que alcanzaban increíbles distancias...

No había dos como él para el gavilán o para abatir una bandada de patos salvajes, que atraía con un equipo de flotantes muñecas de madera, en las noches claras, aprovechando las grandes emigraciones...

Vivía en una choza entre sauces amarillos que levantaban dos filas de troncos despanzurrados al borde de las marismas. Y allí se estaba, en un dominio medio terrestre, medio acuático, entre gladiolas, sagitarios y carrizos... Tenía su barquillo, su vivero barbudo, en torno al cual movía la percha negra y pasaban rápidas las locas escuadras de peces plateados...

Detestaba a Benito Masson por muchas razones. Una de las más importantes era que éste le había estropeado una ocasión extraordinaria de convertirse casi en un burgués, en un verdadero guardabosque establecido en la correspondiente casa. Ello había ocurrido cuando Masson se negó a vender su finca a un «pez gordo» que quería quedarse con todos los territorios circundantes, caza y pesca, y que hubiera hecho a Violette su hombre de con-

fianza para toda la vida, pues el marqués de Coulteray (no se trataba de otro) parecía tener finalidades muy concretas referentes a aquella comarca...

Como un verdadero señor de pasados tiempos, quería dominar todo el país y que nadie le molestara alrededor de la gran propiedad que había adquirido al otro lado del vallecillo y donde su querida, una bailarina célebre, una india llamada Dorga, daba todos los años, en fecha fija, unas fiestas a las que acudía gente desde muy lejos, hasta de Inglaterra... Pero el estúpido Benito Masson, que por lo visto ignoraba aquellas circunstancias, no había querido saber nada.

Violette fué un día a ver al encuadernador para tantearle. Y le dió con la puerta en las narices, como a un ladrón. Ni tan siquiera tuvo ocasión de pronunciar el nombre del marqués. No le dejó decir ni diez palabras... Y el marqués se desinteresó seguidamente del asunto... El viejo guardabosque ni tan siquiera había vuelto a verle...

Ahora bien: esta razón para odiar a Benito Masson, a pesar de su importancia, no era la más fuerte de las que tenía Violette. La principal y la primera de todas era que aquel hombre horrible, feo como los siete pecados capitales, le molestaba en la marisma, no porque Benito Masson fuera repugnante a la vista, sino porque Violette no podía comprender lo que el otro iba a hacer allí.

Benito Masson era para Violette el mayor misterio del mundo, mucho antes de la desaparición de las mujeres, la cual, en fin de cuentas, podía explicarse muy bien por el espanto que les inspiraba aquel ser miserable, aquel «desgraciado de la naturaleza». Hacía tiempo que el guardacaza y cazador furtivo le observaba con creciente inquietud. Aun ahora, cuando pasaba por su lado, no

UNIVERSIDAD DE MONTEVideo
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO 12123"
Año 1925 MONTEVideo

dejaba de tener esa aprensión que se tiene cerca de un loco furioso, de quien cabe temerlo todo... Y es que Benito Masson vivía en la marisma como un verdadero salvaje, como el mismo Violette y peor vestido que él (cuando allí no había mujeres), durmiendo a la luz de las estrellas, pasando horas enteras sin moverse, acurrucado entre juncos, como si estuviera en acecho... ¡Y no pescaba ni cazaba jamás!... ¡Era un enigma!...

Aquello ponía enfermo a Violette... Nunca le vió un fusil, un aparejo, un cordel, un lazo, una red... ¿Qué, pues, hacía allí, durante días y noches enteros, arrastrándose de acá para allá, curioseando con las manos en los bolsillos o deteniéndose con los ojos fijos, durante horas enteras, como si esperara algo, ¡como si cazara, como si pescara!... Pero no cazaba ni pescaba nunca...

A veces llegaba a hablar en voz alta, a solas... Violette le había oído...

¿Qué le ocurría a aquel pajarraco?... ¡Como no estuviera loco!... *También parecía un criminal...*

Violette no pasó de ahí en sus conjeturas. En cuanto tuvo la seguridad de que Benito Masson no cazaba furtivamente en un país donde únicamente podía hacerse aquello, dijo:

—Esto me huele a criminal...

Una vez admitido esto, fácilmente se comprenderá la impresión producida en el espíritu de Violette por la extraña desaparición de las mujeres que se habían sucedido tan misteriosamente en casa del encuadernador...

Hacía más de una semana que Benito Masson se había instalado nuevamente en Corbillères, donde había reanudado sus costumbres de paseante melancólico, cuando Violette entró cierta noche en la cocina de «El Arbol Verde», situada a la otra parte de la loma, en la vertiente desde donde se des-

cubría un país que nada tenía que ver con la llanura pantanosa de Corbillères y donde aparecía, entre verdoso follaje, la vasta cerca del parque de «Las Dos Palomas», propiedad que el marqués de Coulteray había adquirido para hacerle a Dorga, su querida, un regalo regio...

El mesón estaba en los linderos del bosque, frente adonde se ponía el sol, resguardado del viento norte por una encina magnífica, que era el árbol verde del título. Tenía un pórtico, un patio, una caballeriza y una cochera que servía de garaje, un predio en el que se cultivaban cuidadosamente patatas y legumbres, unos cuantos árboles frutales y una parra que aun ofrecía encima de la puerta sus ramas jugosas. Una derivación de ella se envolvía en un cenador, junto al pozo. La mesonera era la señora Muche, una buena mujer, toda anchura y buen humor desde que una muerte feliz la había librado del bárbaro de su esposo, que se pasaba el tiempo bebiendo las existencias y agotando las ganancias...

Violette siempre era bien recibido allí. Era el proveedor oculto de ciertas comidas clandestinas, en las que se comía lo que generalmente suele estar prohibido por las leyes. Desde muy lejos acudían a hacer comilonas en «El Arbol Verde». Sobre todo se despachaba la especialidad constituida por un pollo relleno, asado y rociado con un valiente *vouvray*, todo lo cual glorificaba a la señora Muche.

Además, en aquella casa había discreción. Se podía ir con una señora con la seguridad de que no se les pediría certificado de matrimonio y de que no se escucharía detrás de las puertas. En aquella casa no tenían tales costumbres.

Cuando Violette entró en la cocina, la señora Muche estaba dedicada a los hornillos. El recién

llegado no saludó. Se dejó caer en un banco, encendió su pipa con una brasa cogida con las tenazas, escupió en el fuego y miró la llama.

—¿Qué hay?—acabó diciendo la señora Muche—. ¿Se ha ido por fin ese Benito?

En realidad, la señora Muche no conocía las marismas. Jamás las había visto. Como siempre le habían dicho que la tierra de donde Violette traía cosas tan buenas era muy fea, nunca había sentido el deseo de atravesar bosques hacia lo alto de la loma para saber cómo era.

Sin embargo, hacía años que oía hablar del único hombre del mundo que quería vivir en aquel territorio con Violette y a pesar de Violette... Claro está que el guardacaza no le ocultaba nada del monstruo de fealdad que *había escogido aquellas soledades para atraer mujeres y asesinarlas...* Aquello constituía el fondo de los pensamientos de Violette, fondo que jamás había ocultado a la señora Muche, aunque a base del más riguroso secreto. La buena mujer no hacía más que reírse. Y es que, a decir verdad, se reía de todo desde que su marido se había muerto.

—Pero ¿qué cara traes, Violette?—exclamó la señora Muche—. ¿Hay novedades por tu choza?... Parece que te pase algo... Creo que un buen vaso no te sentaría mal...

—Dame, pues, a beber, y lo sabrás todo... ¡Ha llegado la séptima!...

—¿Qué séptima?...

Violette se encogió de hombros.

—¿Quiere tomarme el pelo?... ¡Ya sabe de lo que hablo!... Tengo la seguridad de que esa joven acabará como las otras... Dentro de poco, ¡como si no hubiera existido!... Pero esta vez no ha de acabar la cosa así como así... ¡Por algo estoy aquí!...

La señora Muche, sin dejar de reír, le dijo:

—¿Estás aquí?... Perfectamente... Y ¿crees que te va a pedir permiso?... ¡Viejo celoso!...

Le sirvió de beber, pero Violette rechazó el vaso, lo cual era un mal síntoma.

—Ya veremos—dijo—si lo tomas a broma cuando te traiga una prueba, una sola prueba... No creo que sea difícil de encontrar...

—Ciertamente. En alguna parte las debe de meter, como no sea que se las coma...

—¡Hablo en serio!... Y le aseguro que *no todas ellas han tomado el tren...* Eso ya demuestra algo...

—Demuestra que se han marchado por carretera... Desde el momento en que es tan feo como tú dices, no comprendo qué iba a retenerlas a su servicio en un lugar tan desolado... Quizá habrán tenido miedo..., y en este caso habrán procurado escapar...

—¿Miedo?... ¡Claro está que habrán tenido miedo!...

—¿Te lo han dicho?

—La última sí que me lo dijo...

Cogió el vaso, lo vació de un trago para darse ánimos o aclarar las ideas, y agregó:

—La última estuvo en esa casa cerca de tres semanas... Pude hablar con ella... Y me contó cosas de Benito...

—¿Tenía miedo y estuvo tres semanas en la casa?...

—Es que se quedó precisamente a causa del miedo.

—¿Se quedó porque tenía miedo?

—Lo que oye... ¡Era una chica muy especial!... ¡Como que parecían los dos hechos para entenderse!... Pues bien: desapareció como las demás, como si hubiera volado, sin dejar la menor huella...

—A lo mejor es que, sencillamente, volvió a París...

—No... ¡He hecho investigaciones!... Conocía el nombre de ella y pude enterarme de dónde vivía... No se la ha vuelto a ver jamás... Se llamaba Catalina Belle. Y no se puede negar que era «bella»... ¡Qué mujer!... De haber querido ella, la hubiera librado del tal Benito; pero ¡yo no le daba miedo!... ¡Qué cosas más inexplicables!... La primera vez que le hablé era una tarde en que yo rondaba alrededor de la casa... Vi una sombra que escapaba presurosa. Luego se abrió la puerta y apareció Benito gritando con voz suplicante: «¡Catalina!... ¡Catalina!...»

»Pero Catalina se había quedado inmóvil, oculta tras un seto de rosales, a pocos pasos de mí, cuya presencia no sospechaba... Benito volvió a llamarla con voz colérica. Yo como Catalina no respondiera, cerró la puerta furiosamente.

»Entonces Catalina se incorporó y corrió a la estación. Yo la seguí y la alcancé en un momento en que se había perdido en la obscuridad.

»—No tema nada—le dije—. Soy Violette, el guardabosque... ¿Qué le ha hecho ese miserable?...

»—Nada... ¡Es un hombre muy cortés!... Pero me da miedo...

»Solté una carcajada...

»—Usted—le dije—es la sexta con quien se porta cortésmente... Pero todas acaban yéndose...

»—Ya me lo ha dicho él.

»—Se le van todas al cabo de veinticuatro horas..., de dos días..., de tres días... Usted ya hace nada menos que ocho días que está ahí... ¡Sí que tiene paciencia!...

»—También me lo ha dicho él.

»—¿Por qué no se va?

»—Porque es muy desgraciado... ¡Qué lástima

da!... Llora, llora... Y he tenido compasión de él...

»—¿Continúa teniéndola?

»No me contestó...

»—¿Por qué ha escapado esta noche?...

»—¡Porque ha querido besarme!...

»—No tiene mal gusto. Y usted no puede tenerlo tan pésimo como para...

»Silencio. Como la joven no prosiguiera su camino, le dije:

»—Si quiere tomar el tren de las diez cuarenta, no tiene tiempo que perder...

»—¡No!—me replicó—. Sería una bobería... Vuelvo allá...

»—¿Adónde?

»—A su casa.

»—¿A casa de Benito Masson?

»—¡Sí!...

»Yo estaba anonadado...

»—¡Oiga!... Hace usted mal, muy mal... ¡Se lo digo yo!... ¡Se arrepentirá!... Ese hombre parece un criminal...

»La joven reflexionó un instante y repuso:

»—Hay momentos en que pienso lo mismo...

»—¿Y vuelve, a pesar de eso?

»—Por ver... Pero esto siempre acaba en lágrimas... ¡Bah! En el fondo no es peligroso...

»Volvió a la casita... Todo cuanto yo le dije lo oyó como quien oye llover... ¡Le divertía el hecho de que le diera miedo!... Decididamente, ¡es muy difícil entender a las mujeres!...

»Ya puedes suponer que los días siguientes estuve al acecho de los dos tórtolos... Y era cosa de risa ver cómo se arreglaba él... Por lo visto, ¡el monstruo quería embellecerse!... Llevaba un traje como en la ciudad, corbata, sombrero...

»Ella se burlaba de él a ojos vistas, sin perjuicio de tenerle miedo. Quería saber el desenlace de

aquello... Y creo que lo supo a expensas tuyas, creo que la curiosidad fué motivo de desgracia...

»Diez días después estaba de nuevo completamente solo, tan pronto paseando en la marisma con una cara espantosa, como retorciéndose en la hamaca con gruñidos de animal furioso y hasta mordiendo las cuerdas... Me entraban ganas de cazarlo de un tiro...

—No digas tonterías, Violette—interrumpió la señora Muche—. Y veamos, veamos, ¿quién es la que acaba de llegar?...

—¡Una niña!... ¡No tiene más de diez y siete años!... Pero a ésa no la tocará, porque pienso intervenir como gendarme... No te rías; en cuanto ese Benito se propase, ¡le denuncio!... Ya veremos entonces cómo se explica...

—¿Sabes de dónde ha venido esa muchacha?

—Debe de ser del Bérny... Es del campo... Y le llama «tío»...

—¿Lo será de veras?

—¡Pse!... Por cierto que no ha hecho extraordinarios en honor a ella... No se ha vestido de señorito. Y parece tratarla más bien como una criada... La manda a recados. Ya no es el panadero quien lleva las provisiones... Ya no va nadie a la casita. Ha prescindido hasta de la fregona que tenía dos horas al día... Viven solos, completamente solos, lejos de todo el mundo, seguros de que nadie les molestará... Ella no es fea ni bonita. Y se llama Anie...

—¿Has hablado con ella?

—Sí... En seguida... Le he preguntado si le gustaba la marisma... Y me ha contestado:

»—¿Por qué no había de gustarme?... ¡Es tan bueno mi tío!...

»—Si es tan bueno como dices, mejor para ti—le he replicado—. ¡No lo ha sido para todas las que

han venido antes que tú! De haberlo sido, no se hubieran marchado...

»Pareció sorprenderse por lo que yo le decía y se marchó pensativa, sin decir nada. Entonces le grité desde lejos:

»—¡Pregúntale a tu tío qué ha sido de ellas!...

»Echó a correr y no se detuvo hasta llegar a la casita.

—Veo que esa cuestión va a acabar mal—concluyó la señora Muche—. Te metes en lo que no te importa y haces mal, Violette... Pero ¡vacía ese vaso!...

—¡Caramba! ¡Si está ahí!...

—¿Quién?

—Ese individuo...

Y Violette agarró su bastón como si tuviera que defenderse contra algún terrible animal...

La señora Muche asomó la nariz a la ventana.

—¡La verdad es—dijo—que no tiene nada de guapo!

Benito Masson atravesaba el patio. La aparición de aquel hombre a la entrada de la noche era algo siniestro.

Salía del bosque como una fiera. Y su manera de ventear por todas partes, como si buscara una presa a devorar, era algo que estremecía.

De pronto vió a la mesonera y detrás al guarda, que le miraban, la primera con espanto, el segundo con su habitual hostilidad.

Sin vacilar, penetró en la cocina.

—He de hablar con usted—le dijo seguidamente al guarda—. ¿Quiere seguirme? Es cuestión de poco...

Violette volvió a sentarse en el banco, afectando una despectiva tranquilidad.

—¡Yo—declaró—no tengo nada que hablar con usted!

La señora Muche estaba lejos de encontrarse tranquila... Tenía que preparar una cena para gente de «Las Dos Palomas», que aquella misma noche llegaban a la finca, donde no había nada dispuesto para recibirla, y hubiera querido que aquellos dos hombres se hubieran ido con cincuenta mil pares de demonios... Además, Benito, como a tantas otras personas, le daba miedo.

—¿Por qué no van a hablar al cenador?—les sugirió.

Pero Violette no se movía y hasta pidió otro vaso.

—Es preciso, Violette—dijo Benito Masson—, que nos expliquemos de una vez para siempre. Este país es bastante grande para los dos. Y no podemos continuar molestándonos, estorbándonos...

—¿Le estorbo?—recogió el otro.

Benito Masson sentóse en un taburete, y con la cabeza baja, sombría y taciturna, dejando de mirarle, respondió:

—¡Sí!

—Entonces, ¿he de... desaparecer?—preguntó osadamente el guarda.

Pero calló, porque antes de que acabara la frase, ya el otro había levantado la cabeza y le fulminaba con una mirada de fuego. Luego, aquella llama se extinguió, la cabeza volvió a caer sobre el pecho, y Benito agregó con voz sorda:

—Sé lo que va contando por todas partes... ¡Y ha de callar, Violette!... Estoy harto de habladurías... ¡Se han ido, sí!... No puedo tener una obrera... No puedo tener a nadie cerca de mí... Doy miedo a todo el mundo... Ahora mismo he asustado a la señora... ¡Déjeme hablar, señora!... Precisamente estoy satisfecho de explicarme delante de usted. Quizá usted logre convencer a Violette de que deba callar... Mi vida no tiene nada de misterioso... ¡Nunca he hecho daño a nadie!... ¡No

hay más que mirarme para convencerse de que no necesito hacerles daño para que huyan!... Aquí no he venido para dármelas de valiente, ni para decirle a Violette: «Vive conmigo una sobrinilla, una huerfanita a la que he recogido, a la que no doy asco y que se aviene a hacerme de criado... Como ha sido muy desgraciada, me agradece cuanto pueda hacer por ella... Pues bien, Violette: ¡no hay que hacer que me tome ojeriza!...»

—¡Nada de eso me importa un bledo!—gruñó el guarda.

La mesonera había colocado un vaso delante de Benito Masson.

—Tiene razón el señor—dijo llenando el vaso—. No está bien eso de vivir en el mismo país mirándose con malos ojos... ¡Beban, dense las manos, y asunto concluido!

Pero Violette repetía tozudamente:

—¡No me importa nada de eso!... ¡No me importa nada de eso!...

Benito Masson rechazó el vaso, levantóse, se encará con el guardabosque y le dijo con voz ronca:

—Si no le importa nada de eso, cuando la chica pase junto a usted, ¡tenga la lengua quieta, Violette!... Porque si ella se va a causa de sus habladurías, como quizá se han ido las otras, haré responsable a usted de lo que suceda... A mí la vida me sale por una friolera. Así es que me daré el gustazo de reventarle como a un perro...

Tras un breve saludo a la mesonera, se fué, atravesó el patio y entró en el bosque, que le acogió con su sombra.

—¿Ha oído a ese salvaje?—preguntó Violette cuando ya el otro se hallaba lejos.

—Me ha parecido muy exasperado ese hombre—dijo la señora Muche—. ¡Deseo por tu bien que se quede la séptima!